



UNIVERSIDAD DE
COSTA RICA

Escuela de Historia
Centro de Investigaciones Históricas de América Central
Postgrado Centroamericano en Historia
Número especial de Diálogos. Revista electrónica de Historia



Alcoholismo, literatura y control social
La infamia de Alfredo Oreamuno Quirós

Miembros del Consejo Editorial:
Dr. Ronny Viales, Dr. Juan José Marín

Editores Técnicos:
Allan Fonseca, Andrés Cruz, Gabriela Soto

X 9° CONGRESO
CENTROAMERICANO
DE HISTORIA
Universidad de Costa Rica

ISSN 1409- 469X

Fecha de recepción: 15 de mayo 2008
Fecha de aceptación: 30 de mayo 2008





**LA CIUDAD DE SINATRA:
Alcoholismo, literatura y control social
La infamia de Alfredo Oreamuno
Quirós**

Álvaro Rojas Salazar

Barrio Escalante, 100 metros este y cincuenta sur de
INTENSA.

Teléfono: 22533003

Correo electrónico: alvarors75@hotmail.com

Maestría en literatura latinoamericana
U.C.R



Dedicatoria:

Para el poeta Alfredo Trejos, compañero de tantas y tan similares aventuras.

“Han pasado algunos años, y cuando por alguna circunstancia recuerdo mi época en el infierno donde viví, lo primero que a mi mente aflora, es la sala de espera de una oficina llamada ¡La mansión de Satanás”

Sinatra

La vida de Alfredo Oreamuno Quirós, presentada en sus textos, nos sirve como guía para adentrarnos en los mecanismos de poder, de control y de disciplinamiento social ejercidos en Costa Rica durante el siglo veinte, como correlato político de una economía capitalista con decisivas intervenciones estatales.

Las andanzas de Sinatra (así llamado por su parecido con el autor de My way), su paso por los bajos fondos de la ciudad de San José y su mirada experimentada en la exploración del lado maldito de la ciudad, nos abren la posibilidad de entrar y de pensar los laberintos del control social desde el lado de los hombres infames, es decir, desde el lado de los que han perdido todo honor y que para ser nombrados se debe recurrir a la selección de cada una de las etiquetas producidas por el saber autorizado y por un poder que constituye subjetividades

Después de pasar los primeros años de su vida en una accidentada convivencia familiar, como la de todos los alcohólicos, a la edad de diecisiete años buscó mejores aires junto a los aventureros que viajaban hacia Panamá y hacia toda la riqueza que prometía el Canal interoceánico en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial; más adelante se embarcaría en un pesquero con rumbo a las islas Galápagos donde el botín, ahora, estaba constituido por los atunes del Océano Pacífico y por una mirada libre de la presencia de las montañas josefinas y de los mecanismos de normalización de la capital costarricense. La vida aventurera y la seducción de la fuga marcarían su destino, primero con la mirada puesta en otras tierras y después, con los ojos viciosos y el andar incierto de todos aquellos que se pierden en las tentaciones que provocan los paraísos artificiales, y que de alguna forma quedan excluidos de la ciudad a pesar de estar en ella, del mismo modo que los apestados y los leprosos medievales.

Una vez de regreso en Costa Rica se casó, trabajó en una y otra cosa hasta que dio con el naciente negocio de las agencias de viajes, que en los años cuarentas le daría suficientes ingresos para vivir la bohemia josefina con las mejores ropas y en los mejores bares, acompañado siempre de amigos alegres y de damas licenciosas y risueñas, acostumbrado a andar con la billetera llena y el corazón desbocado (sueño secreto de todo hombre de mundo), y todo esto en perjuicio, por supuesto, de una esposa abandonada, que ni lerda ni perezosa encontraría otro hombre con quien compartir sus días y disfrutar sus noches alejada del autor de “Noches sin Nombre” y del “Callejón de los Perdidos”.

Poco después de que se firmara el pacto de Ochomogo, objeto también de ciertas traiciones, la infidelidad de su mujer precipitó a Sinatra en el infierno josefino vivido siguiendo las confusas

luces del alcoholismo; la caída se define como una inclemente borrachera de quince años que inició en 1948 cuando en las afueras de la capital todavía olía a pólvora, y concluyó en 1963, con un encarcelamiento voluntario en la Tercera Compañía de la guardia Civil para soportar el síndrome de abstinencia, en una ciudad pronta a ser visitada por el presidente de los Estados Unidos en el marco de la guerra fría y a ser castigada, el mismo día, por las cenizas del Volcán Irazú.

Y en esta ciudad así se escucha la voz de Sinatra: “Imagínese, mi buen amigo, le voy a invitar a que pasee conmigo algunas horas. Usted va a convivir con nosotros, los entregados al vicio del licor. Dígame: ¿por dónde y a qué hora quiere comenzar? ¿Si hoy mismo, ahora, o lo postergamos para mañana? Bien... entonces ahora. Son exactamente las cinco y media de la mañana. Esperemos que abran aquí. ¿Conocía usted la cantina del Pacífico? Pues bien, ya abrió don Antonio. ¡Buenos días, Toñito! ¿Cómo amanece? ¡No me regañe don Antonio, deme el traguito!

¡Ve! Aquí he comenzado a tomar hoy, la noche fue fría y amanecí en ese carro viejo que ve ahí, frente al Hotel Internacional. ¡Mire!, ahí llegan mis amigos, sólo con ellos acostumbro andar. Se llaman Cailoto, Rigo y Juan Anafres. Yo soy Sinatra. Se los voy a presentar y a describir para que los conozca bien. Hoy van a andar con nosotros. Va usted, mi estimado amigo, a darse cuenta de lo bajo que hemos caído, ellos y yo. Le aseguro que el recorrido lo encontrará, desde todo punto de vista, interesante”.¹

Y así entramos en un universo prohibido por el discurso oficial, del que tenemos noticia gracias a un sobreviviente que se salvó para contarlo como ocurre en la novela *Moby Dick* de Herman Melville, y por ello de alguna manera podemos ligar el recorrido insomne de Sinatra por la ciudad de San José con la teoría del poder de Michel Foucault, ya que para el filósofo francés el poder no se ocupa simplemente de vigilar, espiar, sorprender, prohibir y castigar. No es un ojo, una oreja o una celda. Incita, suscita, produce, obliga a actuar y a hablar. El poder engendra y lo engendrado adquiere formas múltiples y específicas en cada época. Las palabras que se apropian de la vida de los infames son producidas por el poder y es este el que con su luz las arranca de la noche y les permite atravesar el tiempo. Palabras que también nombran y hacen hablar a Sinatra inscribiéndose junto con su nombre infame en los expedientes de la Penitenciaría Central por constantes violaciones a la ley Contra la vagancia y algunos delitos contra la propiedad y las buenas costumbres como el vergonzoso robo de gallinas, de ropa tendida y muchas otras menudencias; en los expedientes del Asilo Chapuí por todos los tipos de neurosis, sociopatías,

1 Oreamuno, Alfredo. *Un harapo en el camino*. Editorial Lehmann. San José 1971

psicosis y demás clasificaciones psiquiátricas que abarca el alcoholismo; y además, en los anales “plebeyos” de la literatura nacional, al decir de un respetable académico. Delincuente, loco y escritor plebeyo, son etiquetas de un saber autorizado que con su luz nombra a un sujeto y le produce un lugar social, lo normaliza, lo disciplina y con esto lo saca de las tinieblas en las que quedan muchos otros como él, para de alguna forma ejemplarizar y garantizar el “orden y el progreso” en una sociedad democrática que se desarrolla en los “tiempos modernos”.

El ejercicio del poder crea disciplinas, dispositivos, diagramas, subjetividades. Se despliegan relaciones de poder que generan formas de saber que constituyen formas históricas de subjetividad. Las relaciones de poder descienden hondamente en la sociedad, se expanden y se insertan en el nivel más elemental del cuerpo social: entre sujeto y sujeto, en las relaciones de vecindad, de interés, de oficio, entre los miembros de una familia, en las relaciones de amor y de odio. Se extienden con sus especificidades por las fábricas, las escuelas, las calles, los barrios, las conciencias, los hospitales y se muestran desnudas en las cárceles y en los juzgados. Las relaciones de poder no se localizan únicamente en los vínculos que establece el Estado con los ciudadanos o en los conflictos que surgen en las fronteras de las clases sociales y su diferenciación dada por la relación con la propiedad.

Este poder constituyente y disperso, moralizador y disciplinante, lo padece Sinatra en carne propia al transitar confundido por la adicción por una sociedad normalizada como era la de San José de Costa Rica a mediados del siglo veinte y como lo son todas las sociedades modernas; y a la hora de pasar su recuperación misteriosa y reintegrarse a la vida normal, nos dice dando testimonio de la hostilidad imperante y de la singular sensibilidad del alcohólico: “Mi señora con instinto maternal, trataba de hacerse notar siempre a mi lado. Mi actitud era extremadamente parca. La desconfianza que me envolvía generaba una actitud defensiva. Más acomplexado no creo haber estado jamás. Pero el más serio problema, y no lo adivinaba, lo sabía, era lo que vendría de afuera. Allí donde tendría que llenar el saco vacío de mi nueva forma de vida. Los reproches, reclamos, la vulgar indirecta. Tal era mi incertidumbre. Le temía no al encuentro con determinados sujetos, sino a la sociedad. Al verdulero, al mecánico, al oficinista, a las sirvientas, a los hombres adinerados, al prestamista sin alma, al pregonero, a los farsantes, a la autoridad vendida, al boticario y sobre todo a aquellos con quienes conviví, al hampa agazapada y siempre en acecho. Salía pues a hacerle frente a ese mundo nuevo para mí. A vivir dentro de la farsa y el engaño; desde luego iba a convertirme en una especie de marioneta más, pero llevaba una ventaja,

mi experiencia. La usaría a buen seguro, pero la guardaba como un as en mesa de juego.”²

La ciudad de San José se normalizó, la higiene social, los discursos de control social que se entrecruzan, las instituciones con las que el poder del estado se tecnifica, la vigilancia constante y la justificación de la salubridad, acompañan un proyecto liberal con singulares intervenciones estatales en las primeras décadas del siglo veinte. Las prostitutas, los locos, los vagabundos, los adictos; serán categorías que servirán para colonizar a las clases populares y ordenar la ciudad con el propósito de darle vía libre al proyecto socio-político hegemónico.

Dentro de este contexto la “Ley contra la vagancia la mendicidad y el abandono” que tanto se ejerció sobre el cuerpo de Sinatra, emerge como síntoma de un ejercicio de poder totalizado que se fundamenta, entre otras cosas, en la aplicación de disciplinas con su correspondiente creación de etiquetas y en los procesos de normalización que, de una u otra forma, parten el mundo social ubicando de un lado a los normales y en el otro, con todas sus maldiciones, a los anormales.

En el artículo segundo de esta ley se establece que: “Incurrirán en falta de vagancia:

- a. Las personas que teniendo aptitud para trabajar en ocupaciones útiles y compatibles con su edad, sexo, estado y condición y careciendo de medios lícitos conocidos para atender a su subsistencia, no lo hicieren;
- b. Quienes se encuentren habitualmente en horas laborales en bares, cantinas, lugares de juego o de prostitución o en centros de perversión, y que no tengan ocupación conocida; y
- c. Las mujeres que escandalicen con su conducta inmoral; que habitualmente se encuentren en centros de juego o de prostitución; tabernas y otros sitios similares; o que en forma regular practiquen malas costumbres en parajes sospechosos.”³

Esos parajes sospechosos son los que busca visibilizar y sancionar el poder, construyendo la categoría de individuos peligrosos por su violencia o por su sexualidad, mujeres inmorales que atentan contra la familia y las buenas costumbres de la burguesía nacional, alcohólicos, adictos que deambulan como una plaga infecta que transgrede las normas de higiene del Ministerio de la Salubridad, y vagos consuetudinarios que violentan con su ocio, el mandato de ser productivo en un sistema de acumulación de capitales.

En San José, a mediados del siglo pasado, la obra de Sinatra nos abre un panorama en tierra oculta, donde el infierno está al desnudo, a calzón quitado y nalgas al viento, donde un resfrío

2 Oreamuno, Alfredo. Noches sin nombre. Editorial Lehmann. San José 1971

3 Asamblea Legislativa de Costa Rica. Ley número 3550.

más importa poco y el naipe está boca arriba.

Para entonces, San José ha consolidado un sistema de higiene pública y de segregación social: los estratos medios y altos se establecen en los sectores centrales y norteños de la capital, los bajos se distribuyen al noroeste y al sur. En un extremo Barrio Amón y en el otro las casas para obreros que construyó la Cruz Roja con ayuda de Minor Keith. La ciudad está cuadrículada, a cada cual su lugar. Unos en Merced, Hospital y Catedral, otros en El Carmen. Además, empezaban a crecer los distritos y cantones próximos al casco urbano, aún separados por espacios cafetaleros no construidos. Al norte se ubicaba la margen derecha más o menos deshabitada del Río Torres; al sur se producían las más notorias extensiones más allá del María Aguilar.

En la primera mitad del siglo se construyó la Estación del ferrocarril al Pacífico, provocando la proliferación de aserraderos y talleres al sur. Esta es la zona residencial de Sinatra, no me refiero a las casas de madera mal ventiladas e iluminadas, con profundos zaguanes y sin antejardín, sino a las tucas de los aserraderos dejadas a la imaginación del vicioso, su forma irregular de almacenamiento formaba cuevas que eran acondicionadas con cartones y papeles viejos que servían de cama, algo así como que el mejor colchón es el sueño y más si la tanda es brava.

Para Walter Benjamín, el “flaneur” es un callejero que ha sido abandonado en la multitud, vaga sin rumbo como un príncipe que al observar disfruta de su condición de incógnito. En su paseo incierto y ocioso rompe las paredes para abrir camino libre a la mirada. Así, los textos de Sinatra que surgen como testimonio excepcional de un momento histórico y sus disciplinas, nos llevan a romper las ventanas, a escuchar en las puertas, en las mismas puertas de la “Mansión de Satanás”. El “flaneur” no se siente seguro en su propia sociedad y por eso busca la multitud. Sinatra viaja en vuelo fraterno con Juan Anafres, el Ñato Rigo y Cailoto, por la ciudad capital en verano y por el clima cálido de los puertos en invierno, como viajero de un mundo que se agota. En San José el perímetro del viaje se configuraba dos kilómetros a la redonda del casco urbano; el epicentro eran las cantinas circunvecinas a la estación del Ferrocarril Eléctrico al Pacífico. No les quedó taberna sin visitar, abriéndonos un mundo donde nadie está del todo claro para el otro y nadie es enteramente impenetrable. Unos se acostumbran a vivir en la miseria y otros proyectan los fantasmas de su inconsciente hasta darle rienda suelta a la perversión entre todos aquellos que con la noche se deslizan fuera de sus guaridas. Del otro lado de la norma, en el territorio de los anormales, el cuadro que se nos aparece es un club de juegos macabro, donde ninguno de los retratados sigue el juego de manera disciplinada; todos están poseídos por su pasión y por

su corazón desenfrenado; uno por su alegría despreocupada, otro por la desconfianza hacia su compañero, un tercero por una desesperación sorda, un cuarto por su afán pendenciero, otro por los preparativos que hace para marcharse de este mundo y el último con una garganta que no se sacia y que está dispuesto a introducir en su cuerpo cualquier cosa para calmar los demonios de la oralidad.

En Benjamín, la multitud es un narcótico para el abandonado, para Sinatra la ciudad no se puede vivir sin narcóticos. El infierno es ciudad, hay allí toda clase de gentes arruinadas y poca diversión, la indiferencia es brutal, el aislamiento insensible, cada uno persigue intereses privados y todos se aprietan en un mismo espacio fragmentado por el poder.

Para Sinatra la ciudad de San José en cualquier época del año es misteriosamente atractiva, aspira a gran urbe, a modernidad, y para vivir a lo tico no debe tomarse nada muy en serio: “ese es nuestro temperamento, pacífico como un canario en cautiverio; soberbio, iracundo y tenaz como un domingo sin droga”, y en esa ciudad segregada por las normas del poder, diferenciada por las condiciones de clase, tensionada por los enfrentamientos entre la autoridad y la anormalidad que ella misma designa, “de arriba caen las cuitas de gallina al gallinero; de las alturas descienden los dioses a conjurar el mal, todos juegan el mismo juego, en unos el naipe permanece oculto, en otros se abre.”⁴ Y así como no se puede sacar a Judas de la Biblia, de la ciudad no se puede sacar toda una red de relaciones sociales oculta y temida, invisibilizada y contenida como los recuerdos conflictivos del origen. Ese es el bajo mundo, los bajos fondos de la capital, el nido de los anormales abierto en panorama por Sinatra que para liberarse nos confiesa: “en él ingresé por circunstancias adversas a mis deseos pero por motivos poderosos. Durante quince años, mi vida transcurrió entre antros de perdición de toda especie tales como prostíbulos, casas de drogadictos, sótanos, casas viejas, carros abandonados, cementerios, arcos de puentes o cualquier aserradero.”⁵ A San José se le junta la pieza perdida que completa su forma disciplinada. Además del monumento nacional y de las mansiones de los cafetaleros, en su historia también están los oscuros pabellones del Asilo Chapuí y la “chichera de la Peni” con toda su inmundicia. Siete cuadras al norte de la Catedral Metropolitana una fortificación feudal vigila y amenaza la ciudad con sus castigados dentro, mientras unos comulgan con pan sagrado otros lo hacen en la oscuridad y en medio de las ratas.

La ciudad tiene sus señores que la administran, sus dandys que la disfrutan, sus trabajadores

4 Oreamuno, Alfredo. Mamá Filiponda. Editorial Albur. San José 1975

5 Oreamuno, Alfredo. Un harapo en el camino. Editorial Lehmann. San José 1971

que la sostienen, sus grupos populares que le dan vida y sus excluidos que la padecen en sus márgenes. En Costa Rica también hay conflictos sociales y estos saltan por muchas partes.

Los textos de Sinatra ,que de alguna manera se pueden leer como el retorno imaginario de un conflicto social real, nos abren en perspectiva uno de los sectores malditos, infames y ocultos del San José posterior a la guerra civil de 1948, con toda su normalización, su higiene social, su moralización, con sus instituciones totales como la Penitenciaría Central y el Asilo Chapuí, y con sus discursos de poder que producen un saber autorizado y que constituyen subjetividades a la manera del discurso legal y del discurso médico- psiquiátrico.

En los barrios populares de la ciudad convivían obreros, subempleados, desempleados y el hampa en su roce constante con la ley; algunos barrios se habían convertido en zonas de tolerancia, donde la policía excluía a los indeseados purificando así la ciudad, el esquema es el de la “ciudad de la lepra”. Las prostitutas, los mendigos, los vagabundos, los locos, los violentos son los leprosos que merecen ser desterrados para purificar así la ciudad. La sociedad costarricense al crear mecanismos de control político, se defiende de los individuos peligrosos y construye edificios para tal propósito, por un lado el asilo de locos y, por otro, la cárcel. Y mientras tanto, Sinatra y sus socios viven la exclusión fuera de los muros por los distintos bares de la baja capital, por los distintos lugares de la ciudad anormal, y con constancia alcohólica pasean por “La Novia”, esperan que abra “El Gran Vicio”, se mezclan con los parroquianos en “El Nido del Renco”, la pulsean por los bares del mercado, chupan confite en “El Piave”, piden fiado en “La Vieja Lira” y se emborrachan como siempre en “El Faisán Dorado” y “El Pato Cojo” comentando lo pasado, soñando con el porvenir, con la esperanza que enloquece, con ganas de ser escuchados y, a veces, con el estado de ánimo de los niños castigados. En el discurso sostenido en los textos de Sinatra se asume una serie de discursos de control social y moral que en ese momento ya tienen años de recorrer la ciudad capital. El Ministerio de Salubridad pública y las políticas de higiene social se intensifican en las primeras décadas del siglo veinte durante algunos gobiernos liberales, el surgimiento de estas instituciones implicaba una política intervencionista significativa por parte del Estado y un trabajo de higiene social que queda de manifiesto en la operación activada para atender el consumo masivo de heroína en la capital a finales de 1928 y principios de 1929.

La normalización, la medicalización, la construcción de la categoría de individuos peligrosos y el entrecruzamiento de lo legal y lo psiquiátrico en la categoría de perversión, acompañan un testimonio honesto, que por eso mismo, muestra cosas de la ciudad que el autor no pretendía

mostrar y que de manera inevitable evidencia en el texto el momento histórico en el que le tocó vivir. “Por ahí aparece todo tipo de caras delineadas pacientemente por el vicio, subrepticamente llegaban por ahí hombres avezados en el delito en grande. Trueque de cosas robadas y contrabando. En algunos cuartos se negociaba marihuana a la vez que se fumaba, se distribuía morfina y cocaína en polvo, los más adictos se inyectaban “caldo de pollo”. Alguno que otro marino depravado llegaba a ofrecer su “tinta china” y preventivos preparados para usarse en los placeres sexuales y conquistas de los menores de ambos sexos.”⁶ Y en una mezcla de cultura popular y de confrontación con la ley, aparecen los apodos de una galería de hombres que como el Loco Zeta, la Zorra, Sueños, Severón, Maleficio, Bacteria, Juan Chunches, Chanchita, Igor, el Cholo, Peditos, Pedro El Malo y Dedos Finos, deambulaban extraviados al otro lado de la norma. Con frecuencia salían de “la Peni” a beber en los bares de mala muerte de la quinta avenida, hablaban en “caló” para no ser entendidos por la policía o por soplones, y se buscaba la mejor forma de ganar dinero sin trabajar, como aquel tipo que se describe en “Un harapo en el camino”, y que sacaba las cartas, vendía marihuana adulterada, hurtaba, servía de alcahete, era morfínmano, decía tener conocimientos de medicina y le decían “Gargantúa”, haciendo con esto, justo honor a su tocayo medieval y carnalesco.

Este es el mundo que nos presenta Alfredo Oreamuno, caminante de una capital segregada, de una San José oculta, como la madre que alquila a sus hijos para que otra pida limosna, como el padre que se solaza con su hija y después pregunta: ¿Cómo se llama esa putada?, para que otro conteste: incesto.

Si bien, los textos de Sinatra no brillan por su estilo y en algunas ocasiones podemos encontrar una pretensión de “bellas letras” que los debilitan; su testimonio, como parte de lo que Frederick Jameson llama el “inconsciente político”, abre un panorama fundamental para comprender las historias y los cuentos de la ciudad de San José, habitada además de los liberales, los comunistas, la paz, la ausencia de ejército y la socialdemocracia a la tica, por una red de procesos de normalización, de segregación social, de cosificación de prejuicios, habitada y transitada por la moralización inclemente, por la miseria humana, por todo un mercado, al decir de Sinatra, de seres desalmados, contrabandistas, topadores, chantajistas, chulos y, por supuesto, “las princesas del dólar”, que se promovían bajo la protección de la Rosa de Francia y de Mamá Filiponda. De la mano de Sinatra se camina por los laberintos del control social en la ciudad de San José sin

6 Oreamuno, Alfredo. Noches sin nombre. Editorial Lehmann. San José 1971

estar esto previsto en las intenciones, a veces también moralizantes, del mismo autor. Y en los mismos títulos de sus obras se programa una lectura afectada por la normalización, y es así como nos encontramos a “Un harapo en el camino” que en “Noches sin nombre” puede salirse del “Jardín de los locos” recorrer “El callejón de los perdidos, visitar el burdel de “Mamá Filiponda” o simplemente en algún momento de inspiración decir: “Yo soy un desperdicio del vicio, pobre pétalo turbio que el arroyo llevó. ¿Que, qué quiero mujer? ...Un gramo de cocaína y dos de amor”.

Biopolítica.

Dentro de los análisis del poder que hace Michel Foucault, el dispositivo de control social denominado biopolítica cobra especial interés a la hora de pensar los discursos y las prácticas de higiene y segregación social en la ciudad que transitó Sinatra durante quince años de desenfreno alcohólico.

Si la disciplina consiste en un conjunto de técnicas mediante las cuales los sistemas de poder tienen por objetivo y resultado los individuos singularizados; la biopolítica constituye una tendencia que conduce a la estatalización de lo biológico, es una toma de poder sobre el hombre en tanto ser viviente. La tecnología biopolítica se aplica a la vida de los hombres, no cae con su saber sobre el hombre en tanto cuerpo, sino sobre el hombre en tanto ser viviente, sano o enfermo, normal o anormal, puro o infecto. La disciplina procura regir la multiplicidad de los hombres, en tanto esta puede vigilar, adiestrar, utilizar y eventualmente castigar. La biopolítica, también se dirige a la multiplicidad de hombres, pero como masa global, cubierta por procesos de conjunto, específicos de la vida, como el nacimiento, la muerte, la producción, la enfermedad, la longevidad; se pone en funcionamiento la medición estadística de todos estos fenómenos, para lo cual se registra y observan procedimientos de la población en relación con estos temas. Se estudian las enfermedades (no sólo las epidémicas sino también las endémicas) que predominan en una población y son difíciles de eliminar, considerándose como factores permanentes de reducción de fuerzas, de energías, de disminución del tiempo de trabajo. La enfermedad se ve como fenómeno propio de las poblaciones a controlar y no como la muerte de las epidemias que azotan la vida . La población se presenta como problema biológico y como problema de poder. Las instituciones de la medicina social y colectivizada constituyen la base político-

administrativa que permite el ejercicio de este nuevo tipo de poder, que en Costa Rica y mas específicamente en San José, en la ciudad de Sinatra, surge con los proyectos de higiene social que impulsaron los liberales en las primeras décadas del siglo veinte, en su afán de cuadrangular la ciudad, desinfectarla y poner a producir a las masas populares.

Los fenómenos tratados por la biopolítica son siempre colectivos y tienen efectos económicos y políticos relativos a la masa en su desenvolvimiento temporal. También se utilizan nuevos mecanismos, como previsiones, estimaciones estadísticas, medidas globales, creación de instituciones especializadas, mecanismos de seguridad, en torno a lo que haya de aleatorio en las poblaciones vivientes. Su finalidad consiste en optimizar un Estado de vida y sus controles.

Sobre esto también da testimonio Sinatra: “Ya rumbo a ese centro de salud en una patrullera, y en compañía del señor quejoso llegamos al fin a cierta institución. Después de mil preguntas y adulteradas respuestas de parte mía, se me atendió en forma solícita y abnegada. Lo primero que recibí fue una inyección como calmante y aguadulce con cierto sabor amargo. De mi parte, dejé que hicieran y deshicieran, mientras mi intención era que el tiempo transcurriera. Pero fui vencido por un sueño profundo y tranquilo. Dos días después desperté y noté que se me estaba inyectando suero. A decir verdad, no me sentía muy bien y la ansiedad de beber no la escondía. Por recomendación del médico de ese centro, debía yo ser internado en el Hospital psiquiátrico Chapuí y debido a la debilidad que sentía no tenía ánimo para evadirme de ahí”.⁷ Y la fuga que planeaba Sinatra no era de la cárcel, las preguntas inquisitoriales no se las hicieron en un juzgado, es decir, la red de control en la que cayó, corresponde a la tecnología biopolítica con sus medidas sanitarias que justifican el control social, una función social, la salubridad, que en sí misma legitima sus mecanismos de poder.

“El elemento que circulará de lo disciplinario a lo regulador, que se aplicará al cuerpo y a la población y permitirá controlar el orden disciplinario del cuerpo y de los hechos aleatorios de una multiplicidad, será la norma. La norma es la que puede aplicarse tanto al cuerpo que se quiere disciplinar como a la población que se quiere regularizar. En la sociedad de la normalización se entrecruzan la norma de la disciplina y la norma de la regulación.”⁸

La salubridad, entendida como base material y social capaz de asegurar la mejor salud posible a los individuos, y la higiene pública, entendida como técnica de control y de modificación de los

7 Oreamuno, Alfredo. Noches sin nombre. Editorial Lehmann. San José 1971

8 Foucault, Michel. Genealogía del racismo. Editorial Altamira, La Plata. Traducción Alfredo Tzveidel.

elementos del medio que pueden favorecer o perjudicar la salud, conforman prácticas y saberes que recorren la ciudad de San José desde finales del siglo diecinueve y que, con los conflictos propios de las luchas entre la imposición del orden y la resistencia a este, se extendió por el campo social y configuró una red de control de la que era difícil fugarse dada su naturaleza penetrante, y los amigos de Sinatra no eran la excepción, por más que en invierno se caminara hacia los puertos y en verano la ruta evasiva transcurriera por las cantinas de la zona roja.

Al respecto Steven Palmer concluye lo siguiente: “En resumen, la idea de higiene social y profilaxis empezó a regir cada vez más la expansión de actividades éticas por parte del Estado Liberal. Se crearon instituciones para mediar y difuminar las confrontaciones políticas y de clase, para acumular información acerca de las condiciones de los trabajadores pobres para que sirviera de base para anticipar y prevenir crisis sociales y para incrementar la capacidad del Estado de educar a los grupos laborales en cuestiones de decencia moral, trabajo duro y honesto, jerarquías sociales y productividad nacional. Al hacerlo así, promovieron técnicas de mantenimiento del orden, inspección y trabajo social que prefiguraron y marcaron la posterior creación de un “Estado benefactor”. ”⁹

Un proyecto político-económico necesita, para funcionar, tecnologías de control social que lo refuercen, y estas se ejercen con su saber correspondiente y con la administración racional de la violencia. Foucault puntualiza sobre la disciplina y la biopolítica y plantea que en las sociedades modernas, en las cuales incluimos a la ciudad de San José a mediados del siglo veinte, la vida es el objeto de la biopolítica, mediante este ejercicio de poder se permite a los hombres sobrevivir, vivir y alcanzar bienestar, o de lo contrario se les deja morir en las sombras de la exclusión, en el territorio de los anormales.

La biopolítica regula esa vida, la normaliza; y la disciplina la individualiza. Ambas tecnologías de poder surgen en el interior de la lógica de la policía, entendida esta como actividad racional del Estado, y así tenemos el proyecto de mantener la ciudad perfectamente cuadrículada, las poblaciones reguladas y los cuerpos, las conductas y las conciencias correctamente encausadas. Las tensiones sociales atraviesan los textos, los testimonios de Sinatra nos abren la posibilidad de visualizar regiones poco exploradas de la historia nacional y nos confrontan con todos esos mecanismos de control que se ejercen sobre las poblaciones desde muy temprano.

La enfermedad y la política se juntan en la práctica de las normalizaciones y los modelos de la
9 Palmer, Steven. Confinamiento, mantenimiento del orden y surgimiento de la política social en Costa Rica. 1880-1935

ciudad de la peste y de la ciudad que excluye a los leprosos nos sirven para entender la dinámica de los adictos que deambulan excluidos a pesar de estar en la ciudad.

En la Edad Media europea, en cuanto se descubría un caso de lepra se lo expulsaba inmediatamente del espacio común, de la ciudad, era desterrado a un lugar confuso donde su enfermedad se mezclara con la de otros. El mecanismo de la exclusión permitía la purificación del medio urbano. Medicalizar a un individuo significaba separarlo y, de esta manera purificar a los demás. Era una medicina de exclusión. El internamiento de locos, vagabundos, adictos, pobres, malhechores e indigentes obedeció a este sistema de pensamiento. Y agrega Sinatra: “Daban las cinco de la mañana. El tan, tan de la campana, en la cárcel de Puntarenas era el mejor aviso, un día del mes de mayo de 1958. Un puñado de hombres cumplíamos la condena por diferentes delitos. La libertad llegaba ese día, y no está mal decir que de los nueve individuos que saldríamos, la mayoría éramos alcohólicos. Las puertas de la detención se abrieron y muy lentamente fuimos saliendo, para ser recibidos de inmediato por el rocío y los aires marinos, salinados y húmedos. Pero también, eran portadores para nosotros de incertidumbre y desamparo. Cumplía yo diez días por ebriedad y no omitiré decir que salía sin deseos de beber; pero ¿qué me esperaba? Nada. Salía como los demás, a disgregarme, a confundirme y a perderme cada día más entre los antros del vicio. Invadimos los muellecitos y burdeles de mala muerte, situados al borde del estero de la ciudad porteña. Cada uno, imagino, maquinaba la forma de aplicar a su manera el saco de mañas de que éramos portadores, único recurso en tales condiciones para subsistir”¹⁰

Además del modelo de la lepra, el otro gran sistema médico-político fue el que se estableció contra la peste. En este caso, la medicina no excluía ni expulsaba al enfermo a una región tétrica y llena de confusión. El poder político de la medicina consistía en distribuir a los individuos unos al lado de otros, aislarlos, individualizarlos, vigilarlos uno a uno, verificar su estado de salud, comprobar si vivían o si habían muerto, y mantener así a la sociedad en un espacio dividido, inspeccionado, constantemente vigilado y controlado por un registro lo más completo posible de todos los fenómenos ocurridos. Y aquí Sinatra dice: “ Del fondo llegó hacia nosotros un eco espeluznante, es el eco producido por ruidos estertóreos de almas en reclusión; gritos como aullidos que daban vueltas en torno nuestro, vibraciones del mal, del vicio, del ocio y que era por mejor decir, el gemido del pesar, buitres ansiosos de la nueva presa y de la mala o buena nueva compañía. Oíamos así... ¡Barco, barco, barcooooo! Los reos se alegraban con las caras nuevas.

10 Oreamuno, Alfredo. Noches sin nombre. Editorial Lehmann. San José 1971

Esperaban siempre “carne nueva”, es que la gente que entra, trae noticias de la calle y son además futuras víctimas para desvalijamiento dentro de los pabellones. Llegamos al fondo; nos separaron en el pabellón asignado. Esta primera vez, diez fueron a la chichera (este), dos al lado Oeste, uno a Preferencia y yo fui al lado Norte. Ese día me separaron de mi buen amigo Cailoto con quien compartiría largos años de mi vida de infortunio y penalidades.”¹¹

La ciudad de la peste con todos sus controles y el Estado que excluye a los leprosos constituyen antecedentes de la medicina social occidental, además, constituye un punto de contacto entre el poder disciplinario y la biopolítica; y sobre todo, sirven de base para los sueños políticos que se hacen realidad en la actividad racional del Estado Moderno y su compleja red de tecnologías de poder. Las medidas sanitarias se despliegan a nivel político hacia todos aquellos que contravienen el orden disciplinario que se extiende por la ciudad. La sociedad se defiende de aquellos que ella misma llama peligrosos, los indisciplinados son peligrosos; la peste pasa de ser un asunto biológico a ser un problema social, y no sólo por la reacción médico-política. A los disidentes se les trata como apestados y los grupos dominantes utilizan todos sus recursos para preservar la salud y defender la sociedad. La biopolítica y la disciplina se encuentran, para defender a la sociedad de los impulsos desbocados de los individuos peligrosos, de los vagabundos, se intensifican los controles y las vigilancias, se pone en práctica el derecho a la libertad de los bárbaros, que consistía en ser libre para dominar a otro.

Y estos dispositivos de poder que conceptualizamos siguiendo a Michel Foucault, tienen plena vigencia en la ciudad de San José a mediados del siglo veinte y el cuerpo maltratado de Alfredo Oreamuno los padeció en carne propia y de ello dan cuenta todos sus textos sin que ese fuera el propósito del autor, que en su discurso reproduce los esquemas del control y la higiene social que recorren la ciudad, y asume el lugar que los procesos de normalización en la ciudad de San José le otorgaron: “Lo verdaderamente duro viene después. Ese día tuve mi primera experiencia, quince minutos después de haber salido del cuartel donde vivía. Lo tremendo es poder enfrentarse con humildad, al reclamo de la gente, a la que uno ha dañado moral y materialmente. Hacer frente venga lo que venga a esa estela de desaciertos, que son el fruto del vicio. Ese primer día de libertad aprendí la fórmula. Es como llegar a pagar la deuda contraía por mal comportamiento.”¹²

Y esa deuda contraída siempre se pagará en una ciudad que pone todas las condiciones de posibilidad para darle vida y hacerla efectiva. El moralizar contra la vagancia, el sancionar con

11 Oreamuno, Alfredo. Noches sin nombre. Editorial Lehmann. San José 1971

12 Oreamuno, Alfredo. Un harapo en el camino. Editorial Lehmann. San José 1971

cárcel a los alcohólicos o el encerrarlos en el Hospital Psiquiátrico son parte de una estrategia de control social en la ciudad de San José, es decir, en La ciudad de Sinatra.

BIBLIOGRAFÍA:

Revista Mesoamérica número 31. Publicación del Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica y Plumsock Mesoamerican Studies.

Foucault, Michel. Los anormales. Fondo de cultura económica. Argentina, 1999.

Biopolítica. Fondo de cultura económica. Argentina, 2000.

Genealogía del racismo. Editorial Altamira. Argentina 1996.

Marín Hernández, Juan José. Prostitución, honor y cambio cultural en la provincia de San José de Costa Rica: 1860-1949 Editorial UCR 2008.

Palmer, Steven. Pánico en San José. El consumo de heroína, la cultura plebeya y la política social en 1929. El paso del cometa. Editorial Porvenir. Costa Rica. 1994

Confinamiento, mantenimiento del orden y surgimiento de la política social en Costa Rica, 1880-1935. Revista Mesoamérica 43. 2002.

Oreamuno Quirós, Alfredo. Un harapo en el camino Editorial Lehmann. Costa Rica. 1971.

Noches sin nombre Editorial Lehmann. Costa Rica. 1971.

El jardín de los locos Editorial Albur. Costa Rica. 1975.

Rojas Salazar, Álvaro Y Hernández Gómez Hector. Derecho y violencia según Michel Foucault Tesis para optar por el grado de licenciatura en derecho. UCR 2005.